

12. Introducción a la Última Visión

Daniel Capítulo 10

Los tres últimos capítulos del libro de Daniel son inseparables, pues se refieren a la última visión registrada del profeta. El capítulo diez es preliminar a una historia detallada del mundo, y es valioso por las importantes lecciones espirituales que contiene. Daniel era un anciano, y se acercaba al final de una larga y trascendental carrera, pero sus últimos días estuvieron llenos de ansiedad por su pueblo; todavía llevaba la carga de su cautiverio en su corazón. Desde los acontecimientos registrados en el capítulo nueve, había estado en el foso de los leones, arrojado allí a causa del cruel odio de hombres en altas posiciones. Su vida piadosa era una reprobación constante a la corrupción de los hombres en el poder, y buscaron destruirlo, pero Dios los confundió y dio testimonio de la pureza de la vida de Daniel. El profeta había sido tenido en alta estima por Darío el Medo, y a su muerte y la ascensión de Ciro, Daniel había permanecido en la corte, como consejero del rey.

Ciro, en el primer año de su reinado, había emitido una proclamación de emancipación para los judíos. El Espíritu de Dios había intercedido en el corazón del rey, y este sintió que había sido llevado al poder con ese propósito. Cuando, después de haberse hecho todas las provisiones para el retorno, solo una pequeña fracción de los judíos se aprovechó de ello, Ciro comenzó a dudar de la sabiduría del decreto. Ocurría con los judíos como con los pecadores de hoy. Se concede el perdón y se ofrece la libertad, pero eligen permanecer en el pecado hasta que reciben la pena —la muerte. Los pecados de Babilonia deslumbraron los ojos de los judíos que los contemplaban, y la voz de su Dios apenas se oía. (Comp. Ez. 33:30-32).

Daniel no podía entender la situación. La condición espiritual de su propio pueblo le pesaba mucho, y la *actitud* cambiante del rey le preocupaba. Pensó en la visión anterior y se preguntó si podría ser que su pueblo —los judíos— se aferraría a los pecados de Babilonia hasta que fueran alcanzados por las

persecuciones descritas como propias de los postreros días. No podía entender los tiempos, aunque las palabras dichas por Gabriel parecían de clara comprensión.

Dos años después del decreto de Ciro, Daniel decidió humillar su corazón ante Dios mediante la oración y el ayuno hasta que entendiera el asunto. No practicó la abstinencia total de alimentos, pues este ayuno no fue el ayuno de un día. Pero se retiró de la mesa del rey y comió los alimentos más sencillos, dedicando mucho tiempo a la oración y el estudio. Su propósito era tener su apetito tan sujeto que las necesidades físicas no ahogaran su deseo de discernimiento espiritual. La vida espiritual del hombre con demasiada frecuencia participa del molde terrenal de su cuerpo por la *sobreindulgencia* del apetito. El alma debe controlar el cuerpo, y no ser cargada por el cuerpo. Esta condición procuró alcanzar Daniel. Buscó también fortalecer la mente retirándose a un lugar tranquilo a orillas del río Tigris. Llevó consigo a unos pocos hombres como compañeros. Sin duda, había judíos que también sentían una carga por Israel. La soledad del lugar, las aguas impetuosas del río, los árboles elevados y el cielo despejado, elevaron la mente del profeta hacia su Dios.

Durante tres semanas buscó así luz y verdad. Entonces fue que levantó la vista y contempló al Hijo de Dios a su lado, el mismo que apareció a Juan en la isla de Patmos. El resplandor que brillaba alrededor de Miguel era demasiado grande para los ojos de los compañeros de Daniel, y se apresuraron a esconderse. El semblante de Cristo era como un relámpago, y mientras Él contemplaba la forma postrada de Daniel, los otros hombres huyeron para salvar sus vidas. Pero lo que habría sido muerte para aquellos que albergaban el pecado, fue vida para aquel cuyo carácter era puro. La escoria había sido consumida antes, y la luz brillaba sobre el profeta como la luz del sol sobre un espejo.

Tan lleno de vida está el Hijo de Dios que sus ojos parecían lámparas de fuego, destellando luz. Él es quien dice: «*Yo te guiaré con mi ojo*». Daniel podía soportar la mirada, pero sus compañeros sintieron que esos ojos les quemaban hasta el alma, y se ocultaron de su mirada.

Para los oídos de Daniel, acostumbrados por larga experiencia a los sonidos celestiales, la voz del «Un Hombre» era como la voz de la multitud, o como el sonido de muchas aguas, clara y hermosa. Para los oídos humanos, duros de oído, es como un trueno. Los judíos, en el tiempo en que los griegos vinieron a Cristo, tuvieron una experiencia similar a la de los compañeros de Daniel. Mientras Cristo se sentaba en el atrio del templo, el relámpago jugaba alrededor de su cabeza y la voz, que para Él era la voz de Dios, para ellos sonó como el estruendo de un rayo.

Daniel quedó solo en presencia del Hijo de Dios, y al comparar su propia condición con la de Cristo, le pareció ser un montón de barro, un vaso roto, desagradable e inútil. «Mi vigor se cambió en mí en corrupción, y no conservé fuerza alguna» (Daniel 10:8). Se aferró a la fría tierra, con el rostro hacia el suelo en un sueño profundo, indefenso en las manos de Dios. «¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, o el hijo del hombre para que lo visites?» (Salmos 8:4).

Entonces Gabriel, el ángel que tan a menudo había hablado con Daniel, lo tocó con su mano y levantó su forma postrada. Él dijo: «Oh Daniel, varón muy amado, entiende las palabras que te hablaré, y ponte en pie; porque a ti he sido enviado ahora» (Daniel 10:11). Había poder en el toque de la mano del ángel. Había poder en el toque de la mano del Salvador. Cuando estuvo en la tierra, la virtud, la vida, el poder sanador de Dios, irradiaban constantemente de Él. Podía tocar al leproso, y una corriente de vida fluía de Él al enfermo.

Así fue con el toque de Gabriel. Aquel que estaba en la presencia de Dios estaba tan lleno de vida que, al poner su mano sobre el hombre, un estremecimiento de vida se sintió en cada nervio. Puede ser así con los seres hoy. El seguidor de Cristo debería tener la corriente de vida tan fuerte dentro de sí que el pecado sea reprendido y la enfermedad expulsada de él. «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará» (Salmos 91:7), es la promesa. Cristo vino para que tuviéramos vida en abundancia, la copa llena hasta rebosar. No nos damos cuenta a medias de nuestro privilegio.

Habían pasado tres semanas completas desde que Daniel había comenzado a orar, y Gabriel explicó la causa del retraso. Desde el primer día del ayuno, sus palabras habían sido escuchadas, pero su respuesta requería la cooperación de Ciro, el rey persa. Así, mientras Daniel esperaba, ignorante de la obra del Cielo en su favor y sin soñar con las luchas en el corazón del rey, Gabriel había estado en la corte persa intercediendo con Ciro.

Uno podría preguntarse cómo trabajó Gabriel. No se dan detalles, pero una cosa es segura: hasta el momento del rechazo de una nación, los ángeles están siempre en medio de sus consejos. Los hombres serán llevados a tomar posiciones a favor de la verdad, sin conocer la verdadera razón de sus propias decisiones. El Santo Vigilante es un testigo constante en los salones legislativos hoy, y cada decreto justo es el resultado de un impulso del trono de Dios. Esta influencia estaba obrando en el corazón de Ciro, y tan apremiantes eran las peticiones ofrecidas por Daniel que Cristo mismo vino en persona para ayudar a Gabriel. A Daniel, sin duda, le pareció que su oración no era escuchada, pero Dios estaba obrando la respuesta de una manera desconocida para el profeta. Si hubiera dejado de interceder al cabo de una semana, o al cabo de dos semanas, la historia de todo un pueblo habría cambiado. La promesa es: «Antes que clamen, yo responderé; y mientras aún estén hablando, yo habré oído» (Isaías 65:24). Dios a menudo está probando la fuerza de nuestros deseos cuando retiene una respuesta inmediata a nuestra oración. «Paz sea contigo; esfuérzate y ánimo» (Daniel 10:19).

«¿Sabes por qué he venido a ti?» (Daniel 10:14), preguntó Gabriel. «He venido para hacerte entender lo que le sucederá a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para muchos días aún» (Daniel 10:14). Daniel cayó al suelo, y el aliento se fue de su cuerpo. Esta era su condición cuando estaba en visión. No pudo hablar hasta que Cristo tocó sus labios. Entonces Él habló a Gabriel, quien estaba al lado de Daniel para fortalecerlo y explicarle la historia de los postreros días.

Dios ha tenido muchos profetas. El efecto del Espíritu sobre un ser humano cuando está en visión es inexplicable. Hay una presencia abrumadora que tan completamente impregna el ser físico que este no tiene fuerza para actuar por sí mismo. El aliento abandona el cuerpo, y la voz de Dios habla a través del instrumento humano. Los ojos permanecen abiertos, como Balaam describió su condición, pero la persona ve cosas fuera del mundo. A menudo es llevado mucho más allá de los límites de la tierra, como en el caso de Ezequiel, Juan y Pablo. La atracción de la tierra se rompe, y con un ángel guía el profeta visita otros lugares o contempla el futuro, leyendo allí la historia de hombres y naciones. Cuando el carbón encendido del altar es puesto sobre esos labios, pronuncian palabras de sabiduría celestial. Isaías tuvo esta experiencia.

Por tercera vez Gabriel expresó el amor de Dios por Daniel, añadiendo: «Paz sea contigo; esfuérate y ámate» (Daniel 10:19). Con palabra y con toque, Gabriel fortaleció al profeta canoso. Entonces estuvo listo para la revelación, y dijo: «Hable mi Señor, porque me has fortalecido» (Daniel 10:19).

Las cosas que están *anotadas* en la historia de la verdad fueron relatadas por este gran revelador. El hombre no ve como Dios ve, y en su miopía a menudo enfatiza lo sin importancia y pasa por alto ligeramente eventos de interés universal. Pero cuando la historia se da en la Palabra de Dios, es un cronista de aquellas cosas que están «escritas en el libro de la verdad» (Daniel 10:21). Este hecho es notable en la historia de los reyes persas, que está contenida en los siguientes versículos. De la manera más abreviada, Gabriel toca los acontecimientos de cientos de años, pero destaca cosas que se *señalan* en otras partes de la Palabra de Dios, y que solo pueden entenderse mediante un estudio cuidadoso de otros libros de la Biblia.

Para comprender la historia de Persia, es necesario estudiar cuidadosamente Esdras, Ester, Nehemías, Hageo y Zacarías. Estos libros llevan la historia hasta la época de la mayor fortaleza de Persia, y a través del tiempo en que esa nación trabajó para Dios y Su pueblo. Entonces, y solo entonces, el registro enmudece.

